

PRIMER PLANO

IRENE VILLA

BODA 20 AÑOS DESPUÉS
DEL ATENTADO DE ETA

La que fuera símbolo de las víctimas del terrorismo se casa el 4 de junio con el argentino Juan Pablo Lauro. «Nunca había conocido a nadie igual... Me encanta, uestoy enamorada!», dice. Este año prescribe también el delito, sin culpables

ANA MARÍA ORTIZ

La ceremonia será especialmente emotiva para el padrino, Luis Alfonso Villa. Cuando, tras el atentado, los médicos le dijeron al padre de Irene Villa que la bomba había destrozado a su hija pequeña, que le faltaban las dos piernas amén de varios dedos de una mano, y le pidieron autorización para intervenir de urgencia, él, en estado de *shock*, dijo que no hicieran nada por ella, que la dejaran morir.

El próximo sábado 4 de junio, aquella inocente niña que al verse mutilada creyó que las extremidades le volverían a crecer, caminará con paso firme hacia el altar, con unas piernas nuevas tal y como soñó, «de mentira» dice ella, pero piernas al fin y al cabo. Y aquel padre que estuvo a punto de arrojar la toalla —«anda, papá, que si los médicos te llegan a hacer caso...», suele bromear ella—, la acompañará en el paseo nupcial, bien orgulloso de dónde ha llegado la hija a la que él no veía futuro.

Irene Villa González, de 32 años, se casa. Y lo hace justo el año en que se cumple el 20 aniversario del atentado —17 de octubre, 1991— en el que ella y su madre, María Jesús González, quedaron gravemente heridas. Con la onomástica prescribe también el delito sin que nadie haya pagado aún por ello.

El novio es argentino, tiene 28 años, nombre de Papa recién beatificado (Juan Pablo Lauro se llama), y más que un beato es un santo para Irene. Por él ha eliminado de su repertorio una de las frases que más ha repetido en sus entrevistas: «Me gustaría tener hijos pero no casarme, no creo en el matrimonio».

«Cariño, vete un poco para allá, es que estoy hablando de ti y no me apetece que estés aquí, cielo, que me escuchas...», dice Irene Villa durante la entrevista, celebrada el miércoles, en el paréntesis entre el partido de Nadal y el de Federer, en el Masters 1000 de tenis de Madrid, a los que los novios asisten invitados por Toni Nadal.

Antes de que Juan Pablo arrimara la oreja, Irene estaba inmersa en un interminable monólogo, echándole flores a su futuro marido: «Nunca había conocido a nadie igual. Él tiene unos principios, unos valores, una educación, una forma de hablar y estar que aquí se están perdiendo. Es una persona muy especial... Es que me encanta, uestoy enamorada! Mi madre y toda la gente que me conoce me dice: “¡Qué chico tan majo, te lo mereces!”. Y yo también creo que ya era hora de encontrar a un chico como

dios manda. He tenido parejas, y muy bien, pero como él la verdad es que jamás en la vida. Si yo nunca había pensado en el matrimonio...».

El escenario, la Caja Mágica, le viene como anillo al dedo al novio, que fue tenista durante tres lustros. «Integré parte del equipo argentino de tenis y estuve viajando por medio mundo. Quedé número dos de Argentina cuando tenía 16 años y luego di el salto a profesional. Tuve un ranking no comercial», cuenta a LOC. Juan Pablo no triunfó en el *star system* tenístico pero la raqueta le sirvió para trasladarse a España. Con 19 años le hicieron una

oferta de trabajo en Barcelona, como profesor de tenis, y allí estuvo un año hasta que finalmente recaló en Madrid, donde residía uno de sus hermanos. Hoy regenta el negocio familiar, una empresa de productos en conservas, que enlata desde fruta a pescado.

Irene solía decir que siempre ha tenido problemas para encontrar pareja en España porque todos los chicos a los que conocía sabían de su historia y veían en ella antes al símbolo, a la víctima de ETA, que a la mujer que hay detrás de la etiqueta. No tuvo ese hándicap con Juan Pablo, quien no tenía ni idea de su pasado ni de su popularidad cuando sus miradas se cruzaron un mes de mayo hace ahora justo dos años. Fue durante una fiesta de la Fundación También —dedicada al deporte adaptado y actividades de ocio para personas con discapacidad, a la que pertenece Irene Villa—, a la que Juan Pablo acudió acompañando a una amiga: «La vi y me flechó», cuenta él. «Ese mismo día me contó su historia, lo del atentado y todo eso, pero no quise preguntarle demasiado... Me impresionó lo que le había sucedido, pero aún más con la naturalidad y normalidad con que hablaba de ello. Irene es una persona muy positiva y optimista y es así 24 horas al día. Es muy muy muy raro verla mal».

EL VESTIDO

Jueves mediodía, 5 de mayo. A cuatro semanas de la boda, Irene se somete a la prueba del vestido en la tienda de Innovias en la madrileña calle de Velázquez, una firma que no vende, sólo alquila los trajes. «Mi hija es muy práctica», dice María Jesús González, la madre, quien la acompaña en la prueba, de la que sale felizmente conmovida tras contemplar a su hija envuelta en blanco. «Irene me dijo: “Mira, mamá, yo no voy a gastarme un dineral en un vestido para ponérmelo un rato y dejarlo luego en el armario. Prefiero gastarme el dinero en un viaje”. Y a mí me parece estupendo», la segunda.

Al enterarse los de Innovias de que Irene pretendía llevar uno de sus diseños han decidido cederle dos gratis, dos vestidos que Irene ya ha seleccionado pero aún no ha decidido —y por momentos parece que no será capaz de hacerlo— cuál de ellos será el que finalmente luzca el 4 de junio. Como hizo la semana pasada la ya duquesa Catalina, parece que guardará el secreto hasta el último momento.

No es el único detalle del enlace que protege con celo.

No quiere decir, por ejemplo, en qué iglesia se celebrará la ceremonia porque teme que el evento atraiga a curiosos o cámaras indiscretas, y ella y Juan Pablo quieren una boda familiar, íntima y romántica. «Sé que va a ser difícil, pero quiero pasar desapercibida. No quiero que mi boda sea un aconte-



AL ALTAR. Irene Villa, de 32 años, se casa el próximo 4 de junio con el argentino Juan Pablo Lauro, de 28 años. / LUIS MALIBRÁN

RETRATO

EL ATENTADO. Nacida en Madrid (21 de noviembre de 1978), cuando tenía 12 años una bomba explotó en el coche en el que viajaba con su madre, María Jesús González, funcionaria de la Dirección General de Policía. Perdió las dos piernas y tres dedos.

SUPERACIÓN. Licenciada en Periodismo, Psicología y

Humanidades, practica esgrima, esquí, buceo... Ha escrito un libro de ayuda —*Saber que se puede*— y última otro libro de entrevistas y su primera novela. En 2006, se sometió a una revolucionaria operación en Suecia que ha mejorado su calidad de vida.

BODA. El 4 de junio se casa con el argentino Juan Pablo Lauro, a quien conoció durante una fiesta de la Fundación También, a la que pertenece Irene. La pareja quiere tener dos o tres hijos.